



ENTENDER Y APLICAR

LA REFORMA LITÚRGICA

EL LAVABO DE LA MISA

1. ¿Se ha de suprimir el lavabo de la misa?

Empecemos constatando un hecho: hoy es frecuente que en la celebración eucarística el celebrante omita el rito del lavabo. Incluso en muchas iglesias ni tan sólo se prepara ya el aguamanos. Por supuesto que no dejan de aducirse motivaciones para justificar esta supresión: en la antigüedad —se dice— cuando el celebrante debía recoger las ofrendas de los fieles, lavarse las manos después de esta acción, era un gesto casi necesario. Pero hoy, desaparecida la causa que originó este rito, conservar el gesto sería hacer prueba de puro arqueologismo. El argumento, por lo menos a primera vista, parece concluyente. Pero, a pesar de estos razonamientos, el nuevo misal de Pablo VI, que con tanta valentía ha reformado y suprimido algunos ritos que podían parecer muy importantes, ha mantenido el rito de lavarse las manos. Y no sólo ha conservado este gesto sino que en la introducción doctrinal que el nuevo misal ofrece para la celebración eucarística (1) da una motivación simbólica a este rito: *“El sacerdote —dice— se lava las manos para expresar con este rito el deseo de la purificación interior”* (2)

2. Ritos funcionales y gestos simbólicos

Antes de pensar sobre la conveniencia de conservar o de suprimir el lavabo detengámonos un momento sobre las motivaciones que se aducen en uno y otro de los sentidos. Porque, como hemos visto, quienes optan por la supresión lo hacen porque ven este rito como un gesto simplemente utilitario, mientras el Misal lo conserva porque lo ve como una acción simbólica. Clarificar este punto es no sólo importante para juzgar nuestra cuestión —que hay que reconocer que no tiene mayor transcendencia en sí misma— sino también para enjuiciar no pocos otros aspectos de la celebración cristiana, a veces de la mayor importancia. Porque una cosa es ciertamente innegable: que en la liturgia cristiana hay gestos simplemente funcionales (como lo será el sostener la casulla del celebrante durante la incensación) y otros indudablemente simbólicos (como el rito de la incensación). Tomar un rito simbólico por un gesto funcional o al contrario, podría llegar a empobrecer o desnaturalizar en gran parte la misma celebración litúrgica (3).

3. El lavabo nunca ha sido un rito de carácter utilitario

Sin que de ello deba concluirse que el lavabo es un rito importante, ni que su supresión violenta la celebración —como la violentan no pocas otras supresiones o añadiduras (4)— la verdad objetiva de la cuestión exige que se diga que el lavabo nunca ha estado presente en la misa, por lo menos primordialmente, como un rito utilitario. Por tanto, de quienes optan por suprimirlo a partir del razonamiento de que hoy ya no es útil porque el celebrante no se ha ensuciado las manos con las ofrendas, por lo menos hay que decir que hacen prueba de la más crasa ignorancia tanto de la realidad histórica como de la naturaleza misma de la celebración cristiana, que es fundamentalmente sacramental o simbólica.

Un análisis objetivo de los datos comprobables de la historia de los ritos de la misa nos descubre que el lavabo existe en la misa no sólo independientemente de la procesión de las ofrendas sino con una anterioridad y autonomía que se remonta a unos dos siglos por lo menos de la aparición de los primeros vestigios de una procesión para presentar los dones. En efecto, en el siglo IV atestiguan ya la existencia del lavabo las Catequesis mistagógicas atribuidas a san Cirilo de Jerusalén (5) y las Constituciones Apostólicas (6); más adelante citan este rito Teodoro de Mopsuesta (7) y el Pseudo-Dionisio (8), autores todos que desconocen en absoluto la procesión de los dones. También se da el lavabo en la misa siríaca oriental de los nestorianos, que nunca ha tenido procesión de ofrendas. Y con referencia a la misa romana, en la que tanto se desarrolló el ofertorio posteriormente, tenemos un testimonio bastante tardío por ello más significativo a este respecto: el célebre *Ordo Romanus I* sitúa el lavabo no después de las ofrendas, que se dan ya con toda solemnidad, sino precisamente antes. De estos datos, a los que se podrían añadir otros testimonios, se deduce, pues, claramente que la pretendida relación del lavabo con la conveniencia de lavarse las manos sucias por la recogida de las ofrendas, es pura invención de quienes desconocen el origen de los ritos.

4. El lavabo ha sido siempre un rito de carácter simbólico

Sentado ya el principio de que el lavabo no depende de la procesión y recogida de las ofrendas, intentemos ver cual sea su verdadera finalidad, significado y motivación. Aunque los orígenes de este rito en la liturgia eucarística sea un punto no estudiado (9) —ni excesivamente importante— es fácil explicarse su presencia en la liturgia cristiana por el mero hecho de su gran expresividad e incluso por las prácticas rituales judías. En efecto el rito de la ablución de las manos está presente en no pocos ritos religiosos, entre ellos, en el ritual de la pascua judía. Incluso es probable —o por lo menos posible— que fuera precisamente el rito litúrgico de la ablución de las manos el que en la cena de Jesús quedara transformado en el lavatorio de los pies que, en la interpretación del

evangelista, continúa conservando su caracter simbólico (10). Y también es, por lo menos posible, que la presencia del lavabo en las liturgias cristianas se derive del ritual de la pascua de Israel, cosa que explicaría su presencia en casi todos los ritos.

Pero si la doble relación de dependencia —lavabo de la misa— lavatorio ritual de la pascua judía; y lavatorio ritual de la pascua judía— lavatorio de las manos en la eucaristía cristiana— son puntos que, hoy por hoy, sólo pueden admitirse como simples hipótesis de estudio, en cambio el sentido simbólico del lavabo de la misa según las más antiguas atestaciones litúrgicas es algo que debe darse por absolutamente adquirido. Bastaría recordar las catequesis mistagógicas de Jerusalén en el el siglo IV, cuya significativa explicación citaremos al final de este artículo, o las fórmulas usadas en la misa etíope (11) o en la misa romana de los diversos siglos; sólo a manera de ejemplo podría aducirse el Ordinario monacal de la misa de Ruen, descrito por Martène (12), según el cual no sólo el celebrante dice un salmo penitencial durante la ablución de las manos sino que incluso recibe del abad la absolución, concluido el gesto del lavabo.

5. La verdadera causa de la supresión del lavabo

A pesar de que, como hemos visto, la naturaleza simbólica del Lavabo sea un dato innegable, son muchos los que, generalmente con la mayor buena fe, han suprimido este rito, pensando que con ello obraban según el espíritu del Concilio Vaticano II que proclamó la conveniencia de una mayor autenticidad y simplicidad en los ritos litúrgicos (13). Sin negar en absoluto esta buena fe por parte de muchos, hay que afirmar que en el trasfondo de esta cuestión está subyacente otra realidad, sin duda mucho más importante que el simple hecho de la omisión o permanencia del lavabo. Es precisamente esta realidad subyacente la que nos ha movido a reflexionar sobre el Lavabo de la misa, pues ella puede ser importante para una recta concepción y realización de la liturgia.

En el fondo tememos que con frecuencia el último motivo —consciente o subconsciente— de la supresión del lavabo en unas comunidades o, por el contrario, de su mantenimiento en otras, obedezca a una leyes, también de simbolismo, pero no de simbolismo litúrgico. Se trataría de servirse del lavabo —o de otros detalles rituales de la celebración, como por ejemplo, la supresión de la casulla— para significar “con un rito” el distanciamiento de unas comunidades de tipo conservador frente a otras más evolucionadas, más “auténticas”, más puestas al día. En este contexto usar el lavabo en la misa sería adherirse a una liturgia “intocable” “preconciliar”, que se opone a cualquier cambio o que los adopta sólo por disciplina, mientras que suprimirlo sería “símbolo” de una celebración más de nuestro tiempo, más dinámica y renovadora, no sólo con relación a la liturgia de antes del Concilio, sino incluso con la de las “estructuras oficiales” hoy ya depasadas por un cristianismo más carismático, libre y sin leyes.

Que el hecho de la conservación o supresión del Lavabo obedezca, por lo menos muchas veces, al deseo de "simbolizar" unas determinadas actitudes, no será difícil detectarlo observando el modo de celebrar de aquellas comunidades que más se adhieren a movimientos conservadores o contestatarios. En efecto, resulta sintomático encontrar siempre el lavabo en todas las iglesias amantes y fieles a los antiguos usos. Quizá los responsables de estas comunidades defenderán el lavabo en aras a su fidelidad y obediencia; conservan el Lavabo "porque está mandado en el misal"; pero estas mismas comunidades, tan fieles en esto a lo que manda el misal, no tienen el menor escrúpulo en desatender muchas otras orientaciones, también promulgadas por la Iglesia cuando se trata de aspectos renovadores. Y a veces, incluso, desobedecen a normas explícitamente mandadas por los responsables de la Iglesia. Si conservan, pues, el lavabo, el verdadero motivo no hay que buscarlo en la fidelidad a lo mandado... sino en el deseo de "significar" su actitud de rechazo ante cualquier cambio. El que suscribe este artículo recuerda cómo hace unas semanas se le invitó a presidir una misa dominical en una iglesia repleta de fieles, en su mayoría universitarios y postgraduados, en la que no faltó el lavabo (diminuto, ciertamente, para que el simbolismo "litúrgico" fuera menos patente y el "rito" se asemejara más a "lo de antes" cuando la misma vinajera del agua servía para "lavarse los dedos") presentado por un pequeño y pulcro acólito... pero junto al lavabo no faltaron otros ritos expresivos de la "ideología" del responsable de aquella iglesia: a pesar de que dada la formación de los fieles hubiera sido muy fácil encontrar lectores para las diversas lecturas, se obligó al celebrante a proclamar, una tras otra, todas las lecturas; a pesar de que está totalmente prohibido y de que no podía haber en el lugar referido ninguna costumbre al respecto, pues la iglesia estaba servida sólo por un presbítero, se "aprovechó" la ocasión de un celebrante extraordinario para que el responsable de la comunidad atendiera durante toda la misa a los que se presentaban en el confesionario; no faltó tampoco ni el toque insistente de la campanilla a cada genuflexión y elevación, ni la palmatoria a partir de la consagración, ni la bandejita para recoger las posibles partículas... es evidente que en este contexto la presencia del lavabo formaba parte de los ritos simbólicos del conservadurismo y poco tenía que ver con el verdadero sentido de la ablución litúrgica de las manos. Pero, por otra parte, también la supresión del lavabo sirve en otros lugares para significar actitudes extremas en el sentido opuesto: recordaría aquí otra comunidad, en la que continuamente se habla de la importancia del simbolismo litúrgico, en la que con harta frecuencia se introducen nuevos signos (el vino se consagra en taza de "duralux" para que se vea mejor el "signo" de la sangre, durante el Padrenuestro todos se dan las manos, para "significar" que son miembros de una sola familia, en determinados días se ponen pebeteros con incienso).

quemando, como símbolos de oración...; en esta comunidad, por supuesto, el lavabo se había suprimido, como se prescindía de no pocos otros detalles también simbólicos usados por la iglesia desde antes del Concilio. Aquí, pues, también la supresión del lavabo, explicada a los participantes como omisión debida a que hoy ya no tenía sentido porque no había procesión de ofrendas, jugaba, como en el ejemplo anteriormente citado, como signo de una actitud bien asumida: la del progresismo.

6. Una cuestión de fondo: Liturgia simbólica o Liturgia cartesiano-intelectual

La reforma litúrgica ha suprimido afortunadamente todo un mundo de alegorías artificiales que habían invadido la celebración (recuérdese, por ejemplo, las innumerables cruces que hacía el celebrante sobre el pan y el vino antes e incluso después de la consagración, introducidas tardíamente como alegorías de no quieran saber cuántos “misterios”). Pero la liturgia cristiana ha sido siempre y continúa siendo una liturgia “sacramental” o simbólica... Una cosa es dar a un rito, cuya verdadera motivación se desconoce, un simbolismo totalmente ajeno al mismo, otra muy distinta afirmar que todos los ritos tengan sólo motivaciones prácticas. Espíritus falsamente “científicos” que han querido descubrir razones utilitarias en todos los ritos, no son fenómeno nuevo; a este respecto fue ya célebre la posición del liturgista De Vert en el s. XVIII: según él todos los ritos tenían sus motivaciones prácticas: si en la misa se encendían cirios era porque en las catacumbas todo estaba a oscuras; si se empleaba el incienso era para subsanar los malos olores de aquellos recintos sin ventilación; si los neófitos llevaban en sus manos después del bautismo cirios encendidos era porque el bautismo se celebraba en la noche de Pascua en la que era necesario iluminar el camino que iba desde el bautisterio al altar... Pero como muy bien le argüía ya en su tiempo otro célebre liturgista, Le Brun, si estos ritos se realizaban sólo por motivos utilitarios no se comprende por qué fuera el obispo y no un acólito el encargado de incensar el altar, ni por qué razón los catecúmenos que necesitaban cirios para iluminar el camino del bautisterio al altar no los habían necesitado también antes del bautismo para dirigirse del aula de la iglesia al bautisterio, o por qué no llevaban también cirios el obispo y los demás fieles... No, como decíamos más arriba, en la celebración hay gestos utilitarios y gestos simbólicos, y debe respetarse la naturaleza de ambos. Y en el caso del lavabo se trata, como hemos ya demostrado, de un rito cuya finalidad indudable es la simbólica.

7. Un texto interesante y antiguo para explicar el lavabo

Los liturgistas partidarios de una auténtica restauración litúrgica han divulgado una preciosa obrita, hoy muy conocida ya en ambientes

amigos de la renovación, pues de ella se han servido para justificar la nueva y expresiva práctica de la comunión en la mano; nos referimos a las catequesis mistagógicas de s. IV, atribuidas a san Cirilo de Jerusalén. Este antiguo documento explica el simbolismo de la comunión en la mano, comparando la palma del que con respeto recibe el cuerpo del Señor al trono donde se coloca Cristo:

Al acercarte al obispo no vayas con las palmas de las manos extendidas, ni con los dedos separados, sino poniendo la mano izquierda debajo de la derecha, a manera de trono, como quien va a recibir al Rey, y así, con la mano cóncava, recibe el Cuerpo de Cristo respondiendo: Amén... tómale, cuidando de que no se te pierda nada de él; porque todo lo que dejes caer, piensa que se te ha quitado de tus mismos miembros. Pues dime, te ruego: si alguno te diese limaduras de oro, ¿no las guardarías con sumo cuidado y diligencia, para que no se te perdiera nada? ¿Pues no has de estar mucho más cuidadoso y vigilante para que no se te caiga ni una miga de lo que es mucho más precioso que las joyas y que el oro? (14)

Pues bien, en estas mismas catequesis, tan ponderadas hoy día por su explicación simbólica de la comunión en la mano, se habla también a los recién bautizados del simbolismo del lavabo de la misa, en un tiempo —recordémoslo— en que faltan casi dos siglos para que se inicie el uso de ofrecer los dones antes de la anáfora. Si queremos servirnos de esta antigua catequesis para defender la comunión en la mano, la lógica exigirá que escuchemos también a su autor cuando habla del lavabo en la celebración. Veamos, pues, sus explicaciones:

Habéis visto al diácono que presenta el agua para que se laven las manos el obispo y los presbíteros que rodean la mesa del Señor; no lo hace ciertamente para quitarles las manchas del cuerpo, porque ni al principio de la celebración estábamos manchados, sino que *esta ablución de las manos es el símbolo de la limpieza* que vosotros debéis llevar, purificándoos de todo pecado y de toda prevaricación. Mas como las manos son el símbolo de nuestro obrar, *al lavarlas queremos significar la inmunidad y pureza de nuestras obras*. ¿No habéis oído al profeta David explicarnos ésto cuando dice: “Lavaré mis manos entre los inocentes y rodearé tu altar, Señor”? Así, pues, *el lavarse las manos es signo de la inmunidad de los pecados*. (15).

La honradez exige, pensamos, que si nos servimos de las catequesis de Jerusalén para justificar el expresivo uso de la comunión en la mano, no vayamos contra este mismo texto cuando nos invita a conservar uso tan antiguo y habitual en casi todas las liturgias como es el de la ablución de las manos.

8. A manera de conclusión práctica

Llegados al término de estas reflexiones se imponen unas conclusiones que sintetizaríamos en la forma siguiente: a) Puesto que el lavabo de la misa es un rito simbólico y expresivo, presente en la celebración cristiana de casi todos los ritos y posiblemente dependiente

del mismo ritual judío de la pascua, no hay motivo alguno para suprimirlo.

b) Si la naturaleza del lavabo es de carácter simbólico, hay que realizar este rito de tal forma que aparezca realmente como un símbolo con posibilidad expresiva y no simplemente como una “ceremonia” que se hace sólo porque está mandada por las rúbricas: es necesario usar un jarro y una palangana suficientemente grandes y visibles y una toalla de dimensiones aptas para secarse las manos; el celebrante se ha de lavar las manos y no simplemente las puntas de los dedos; esta acción la ha de hacer de cara al ministro que le sirve el aguamanos (o encima de la credencia donde se ha colocado una jofaina suficientemente visible cuando no hay ministro) y nunca encima del altar de la celebración ni de cara al mismo.

Terminemos estas reflexiones sobre el lavabo de la misa saliendo al encuentro de una posible objeción: el lavabo, hemos ido repitiendo, es un rito superfluo, pues la misa ya tiene, para expresar la purificación de las faltas, el acto penitencial al principio de la celebración? Para responder a esta objeción recordaríamos que la liturgia cristiana —lo hemos ya dicho en el apartado 6 de este artículo— no es un tratado cartesiano ordenado lógicamente de realidades evangélicas, sino una celebración festiva y vital: el acto penitencial ha expresado ciertamente el deseo de purificación, pero ello no impide que en otros momentos se vuelva a insistir sobre lo mismo, como una madre da un beso al hijo que acaba de poner en la cama aunque antes le haya hecho un gesto parecido. Sino podría aún uno preguntarse: ¿Por qué, si se ha hecho ya el acto penitencial, pedir en el Padrenuestro que Dios “perdone nuestras deudas”? Y, ¿por qué recordar en la consagración del vino que la sangre de Cristo es derramada “por el perdón de los pecados”, si antes ya se ha suplicado este perdón en el acto penitencial?

PEDRO FARNES SCHERER, PBRO.

NOTAS

1. Este importante documento no ha sido traducido en la edición provisional del Misal Romano castellano, sí en cambio, en la edición oficial catalana. En castellano ha aparecido aparte en una doble edición, una publicada por la BAC con el título *Nuevas normas de la misa*, la otra editada por Edit. Litúrgica Española con el título *Ordenación General del Misal Romano*.

2. *Inst. Gen. Miss. Rom.* n. 52.
3. Véase el apartado 6 de este mismo artículo.
4. Por ejemplo dar un relieve desmesurado al llamado “ofertorio” de la misa, o incluir en la celebración tal cantidad de fórmulas espontáneas e improvisadas que la celebración aparezca como una acción del grupo reunido y no como celebración de la Iglesia...
5. V, 2.
6. VIII, 11, 12.
7. *Homilías catequéticas* V, 25.
8. *De eccl. hierarchia* III, 2.
9. La célebre y completa obra de JUNGSMANN *Missarum solemnia*, que es el más moderno y completo tratado de la historia de la misa no llega a explicar el origen de este rito.
10. Jn 13,10-11
11. Cf. BRIGHTMAN 226
12. *De antiquis ecclesiae ritibus* 1,4, XXXVII
13. Cf. *Sacr. Conc.* nn. 34 y 50.
14. V,2.
15. V, 20.